

Ha nevado en el pueblo.

Ha amanecido en el pueblo. Un precioso manto blanco, impecable, cubre las aceras, los tejados de las casas y los campos que rodean el pueblo. Los árboles y los pequeños farolillos que alumbran las calles, también han cambiado su aspecto, y lucen una hermosa túnica blanca.

El silencio, poco a poco, se va truncando y se convierte en un alegre murmullo; los que han madrugado para ir al trabajo comentan el alegre encanto de la nieve. ¡Hacía tanto tiempo que no nevaba!

Mientras tanto, empieza el humote las chimeneas a zigzaguear en el cielo, y las madres se apresuran preparando el desayuno. Los niños sorprendidos por el anuncio de sus madres empiezan a despertar de su dulce sueño y corretean por la casa de una ventana a otra, pegando su carita risueña al cristal.

Bien arropados con sus guantes, abrigo, gorro y bufanda, salen de sus casas y acarician la nieve con sus pequeñas manos. La tocan como si fuera un algodón. Lo que más ansían es jugar con ella. ¡Al fin se ha convertido en realidad! Los más mayores están fabricando su arsenal de bolas de nieve; las van acumulando para empezar su guerra; de vez en cuando, disparan alguna de prueba cuando se acerca algún compañero, Y se ríen alborotados, felices. Pero ya son muchos y empieza, casi sin querer, la guerra. Una va, otra viene; hay que esquivarlas continuamente. Los guantes prácticamente ya no sirven para nada, se han mojado y las manitas están heladas pero a ellos no les importa, les gusta tocarla, apretarla y ¡disparar! La fiesta es para ellos y gritan alborotados.

Todos se reúnen en la plaza para ir al colegio, ¡que rabia! Allí está el profesor, rodeado por los alumnos suplicantes. Le advierten de que hoy, por ser un día tan especial, no quieren ir al cole. El se hace de rogar, divertido ante las súplicas de los pequeños. Muy serio les anuncia lo que todos esperaban oír; ¡por ser un día extraordinario, se suspenden las clases! Tras gritos de alegría, y hurras al profesor, prosigue la guerra de bolas de nieve.

Con una madera algunos, los más atrevidos, se deslizan calle abajo. Todo el pueblo es una fiesta, algunos se caen, pero, por una primera vez se ríen.

En el centro de la plaza se han organizado para hacer un muñeco. Acumulan nieve. Todos aportan ideas, unos traen un sombrero, unas gafas, un bastón, y por ahí viene una hermosa nariz... una zanahoria. Todos están contentos; todos disfrutan del día; ¡de su día de nieve!

Los abuelos sentados en el viejo café, hoy su banco está mojado, comentan el tiempo que hace que no nevaba. Sienten el frío en sus cansados huesos, pero están ahí, disfrutando del paisaje blanco, de su tertulia diaria, del café con leche...hasta de algún que otro chiste que les cuenta el camarero.

Tras un largo día de trajín, los farolillos empiezan a iluminar de nuevo las calles, estamos en invierno y ya se sabe, anochece más pronto. Las madres, siempre muy atareadas, llaman a los niños, está oscureciendo.

Ahora ya hay varios muñecos por los rincones del pueblo. Muchos niños han intentado desarrollar su faceta de jóvenes escultores. Los muñecos, se quedan ahí, sonrientes, pero tristes a la vez. ¡Se han sentido tan importantes por un día!; han

hecho sonreír a tanta gente, que no sienten su inminente mañana, convertidos primero en hielo, y luego en agua... Los más pequeños no quieren dejarles solos, pero las madres insisten en volver a casa. Hay que preparar la cena y los niños tienen que ducharse y preparar la mochila para mañana ir al colegio. Una niña suelta bruscamente la mano de su madre, quiere llevarse el muñeco a casa para que esta noche no pase frío. Ante la negativa de su madre, se desprende de su bufanda y le arropa con ella. Finalmente accede a volver a casa, y desaparecen cuesta abajo, ante la mirada perdida del muñeco.

Todo se queda tranquilo. El silencio vuelve a invadir las calles del pueblo, tan solo se oyen las campanadas del reloj del ayuntamiento...Ya no hay gritos ni carcajadas... Todo se ha quedado en calma; Vuelven a caer algunos copos de nieve, si no cambia, parece que esta noche volverá a nevar. Los niños miran por las ventanas antes de acostarse porque, mañana tal vez, la nieve se habrá derretido y solo podrán recordarlo como si fuese un dulce sueño...

Pseudónimo: Dalba